

1. ¿Qué es la hiperactividad infantil?



La hiperactividad: Un comportamiento frecuente

La hiperactividad infantil es un trastorno de conducta, de origen neurológico que no siempre evoluciona favorablemente.

Su incidencia es alta en la población infantil. Así, diversas investigaciones estiman que del 3% al 5% de los niños menores de diez años son hiperactivos. Esto supone que, aproximadamente, 300.000 niños españoles presentan una conducta hiperactiva. Por otra parte, es importante señalar que esta conducta es diez veces más frecuente en los niños que en las niñas.

Si comparamos estas cifras con la frecuencia de otras alteraciones infantiles como, por ejemplo, el retraso mental, entenderemos que la hiperactividad sea considerada como la alteración infantil más frecuente.

Así, mientras el retraso mental supone el 1% de la población total (considerando adultos y niños), el porcentaje de nuestros escolares que sufren de hiperactividad es del 3% al 5%. Si sólo estimamos el porcentaje de niños con retraso mental, su frecuencia es menor del 1% de la población infantil. Esto quiere decir que por cada niño con retraso mental encontramos veinte hiperactivos.

Recientes estudios nos advierten que un 25% de los niños hiperactivos incurrir en actos delictivos, abusan de la droga y el alcohol y tienen serios problemas de personalidad durante la vida adulta.

Hace exactamente ciento cuarenta y ocho años, Hoffman comunicó el caso de un niño, cuya conducta se caracterizaba por la inquietud motora y que el autor describió así:

«...Pero el inquieto Phil todavía no se acostumbra a estar sentado, se mueve mucho, y se ríe entre dientes. Por consiguiente, yo declaro, sus balanceos hacia adelante y hacia atrás, y la inclinación sobre su asiento, como si de una silla mecedora se tratase o como si fuera a caballo. ¡Felipe! ¡Yo he ganado una cruz!, mirad al malvado, al niño inquieto. Crece cada vez más rudo y extravagante y no para hasta que se cae completamente de su asiento. Felipe chillaba con todas sus fuerzas...»

Desde entonces hasta hoy, la hiperactividad infantil ha recibido una gran variedad de nombres entre los que destacan el de «Disfunción cerebral menor», «Lesión cerebral mínima», «Disfunción cerebral mínima», «Síndrome del niño hiperactivo», «Reacción hipercinética de la infancia» y «Síndrome hipercinético».

En la actualidad, los estudios sobre la hiperactividad infantil han proliferado, llegando a conocerse mejor tanto los orígenes de este trastorno como su evolución y tratamiento.

Estos estudios ponen de manifiesto los dos hechos siguientes:

- El trastorno principal en estos niños es el «déficit de atención» y no el «exceso de actividad motora». De hecho, es fácil encontrar a bastantes niños con dificultades de atención y sin hiperactividad motora.
- El «exceso de actividad motora» con el tiempo desaparece, mientras que el «déficit de atención» habitualmente persiste.

De ahí que la hiperactividad infantil (incluida como tal enfermedad en el Manual Diagnóstico y Estadístico de la Asociación Americana de Psiquiatría) haya sido bautizada recientemente con la denominación de «Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad». Se ha incluido, además, otra nueva categoría: el «Trastorno por Déficit de Atención Indiferenciado», término en el que se incluye a aquellos niños con un serio trastorno de atención pero sin hiperactividad motora.

Características de la hiperactividad infantil

Antes de describir las características del niño hiperactivo conviene hacer las siguientes advertencias:

- El niño hiperactivo no tiene un comportamiento extravagante, extraño o inusual durante la infancia. Las conductas que mani-

fiesta el niño hiperactivo son conflictivas sólo por la frecuencia con que se presentan, su excesiva intensidad y la inoportunidad del momento en que suceden.

- Estos niños tienen más dificultades para controlar su conducta cuando están con otros niños que cuando están solos. Esto se debe a sus dificultades para mantener la atención y a la gran facilidad que tienen para distraerse. Cuando está solo, sin apenas quererlo, el niño se convierte en el centro de atención de la situación siéndole más fácil prestar atención y estando para ello más motivado.
- No todos los niños hiperactivos manifiestan todas las características que a continuación se describen. Sin embargo, las dificultades de atención, la impulsividad y la hiperactividad (que son rasgos comunes a todos los niños hiperactivos) no suelen faltar aunque se manifiestan con un grado de severidad muy diferente en cada niño.

Así, por ejemplo, un niño hiperactivo puede tener un «buen comportamiento» en el colegio y ser muy difícil de manejar en casa o viceversa. Hay niños hiperactivos que tienen un rendimiento escolar suficiente, mientras que otros muestran serias dificultades para el aprendizaje. En algunos casos, estas dificultades escolares aparecen ya en los primeros cursos, mientras que en otros no se hacen patentes hasta cursos más avanzados.

Dada esta variedad de características, el diagnóstico del niño hiperactivo es algunas veces difícil y complejo, como más adelante se observará.

TOM SAWYER Y LA HIPERACTIVIDAD INFANTIL

Tom Sawyer es quizás el personaje infantil que mejor se adecua al patrón de comportamiento que es característico del niño hiperactivo. En las líneas que siguen trataremos de estudiar las alteraciones específicas del niño hiperactivo siguiendo el tradicional relato de Tom Sawyer¹.

TWAIN, M. (1988): *Las aventuras de Tom Sawyer*, Madrid. Anaya.

Atención

Lo que más caracteriza al niño hiperactivo es su dificultad para mantener la atención durante ciertos periodos de tiempo.

Esto se pone de manifiesto en casa por la natural incapacidad del niño para seguir las indicaciones y las directrices que se le marcan. A veces puede dar la impresión de que no ha oído lo que se le ha dicho o, simplemente, que no estaba escuchando.

En el colegio, el niño hiperactivo es incapaz de concentrarse en la realización de las tareas que duran un largo periodo de tiempo. Por eso pasa con frecuencia de una tarea a otra, sin concluir ninguna. Examinemos estas peculiaridades en el relato de Tom Sawyer.

«Cuanto más intentaba Tom fijar la atención en el libro más se le extrañaban las ideas. Así que, por fin, con un suspiro y un bostezo se dio por vencido. Le parecía que nunca iba a llegar el recreo del mediodía.» (pág. 65)

Por otra parte, es frecuente que el niño centre su atención en los estímulos menos relevantes de la información que se le presenta. Esto es lo que le sucede a Tom Sawyer durante el sermón:

«El muchacho cuya historia relata este libro no disfrutó de la oración; se limitó a aguantarla... si es que llegó a tanto. Estuvo inquieto todo el rato, tomó nota inconscientemente de los detalles de la oración, pues aunque no escuchaba, conocía el terreno de antiguo y el recorrido rutinario del pastor a través de él, y cuando se introducía alguna pequeña variante su oído la detectaba y todo su ser se rebelaba contra ella; consideraba que era una injusticia, y además una canallada hacer añadidos. En medio de la oración, una mosca se posó en el respaldo del banco que tenía delante y fue un martirio espiritual verla frotarse con calma las patas, pasárselas alrededor de la cabeza y pulirla con tanto vigor que parecía que se la iba a arrancar del cuerpo, y el hilito de su cuello quedaba a la vista; se raspaba las alas con las patas traseras y las alisaba junto al cuerpo como si fueran faldillas de un frac, enfrascada en su aseo con toda tranquilidad, como si supiera que estaba perfectamente a salvo. Como en verdad lo estaba, porque, por muy urgentemente que las manos de Tom desearan agarrarla, no se atrevían; él creía que su alma sería destruida al instante si hacía semejante cosa durante la oración. Pero al oír la frase final, su mano empezó a ahuecarse y moverse furtivamente hacia delante, y en cuanto se escuchó el 'amén' la mosca cayó prisionera de guerra. Su tía detectó la acción y le mandó soltarla. El pastor anunció el texto... Tom contó las páginas del sermón; después de salir, siempre sabía de cuántas páginas constaba, pero

raras veces sabía nada más del discurso. Sin embargo, esta vez, durante un rato, se interesó de veras. El pastor trazó un cuadro grandioso y conmovedor del momento en que se reunirían las huestes de este mundo al cumplirse el milenio, cuando el león y el cordero yacerían juntos y un niño pequeño los conduciría. Pero lo patético, la lección, la moraleja del gran espectáculo pasaron desapercibidos para el muchacho; él sólo pensaba en lo notorio del personaje principal ante las naciones que le contemplaban; se le iluminó la cara al pensarlo y se dijo a sí mismo que le gustaría ser aquel niño, con tal que el león fuera manso... Al rato se acordó de un tesoro que tenía y lo sacó. Era un gran escarabajo negro con mandíbulas formidables... un bicho 'pellizquero'...» (págs. 48 y 49).

El niño hiperactivo es más vulnerable a los estímulos del contexto ambiental que cualquier otro niño, por lo que tiene gran facilidad para distraerse.

«La tía Polly llegó, y Tom, Sid y Mary se sentaron a su lado, colocando a Tom junto al pasillo con el fin de que estuviera lo más lejos posible de la ventana abierta y del seductor panorama estival.» (pág. 45)

Impulsividad

Tom actúa de forma inmediata sin pensar en las consecuencias de su acción, igual que el niño hiperactivo.

«—¡Ay, Tom, no dejaste señales!

—¡Becky, he sido muy tonto! ¡Muy tonto! No se me ocurrió que tendría que regresar. No... no puedo encontrar el camino. Estoy hecho un lío.» (pág. 236).

Cuando emprende alguna nueva actividad, empieza con entusiasmo, la realiza de forma desorganizada y desestructurada y pocas veces la termina. Cualquier pensamiento que pase por su cabeza es inmediatamente ejecutado.

«Como un rayo cruzó por la mente de Tom un pensamiento. Se puso de pie gritó: ¡He sido yo!» (pág. 161).

En el colegio, sus cuadernos están sucios y descuidados. Las actividades escolares se realizan de forma irreflexiva y desorganizada.

En casa, el niño no tiene paciencia para seguir las reglas del juego y, en consecuencia, no sabe jugar solo, no se entretiene con ningún juguete y continuamente pasa de una actividad a otra.

Hiperactividad

El niño va de un lado a otro de la habitación, salta o corre por la calle, nunca quiere ir cogido de la mano de sus padres, anda delante o detrás. Cuando permanece sentado en una silla —lo mismo que le sucede a Tom y sus amigos— tiene siempre las piernas en movimiento, se columpia, se levanta con o sin excusa y sus 'idas y venidas' no persiguen ningún objetivo; su actividad carece de finalidad.

«Entró en la iglesia con un enjambre de chicos y chicas ruidosos y limpios, se dirigió a su asiento y empezó a discutir con el primer muchacho que encontró a mano. Intervino el maestro, un hombre serio, entrado en años; al volver éste la espalda, Tom le tiró del pelo al muchacho del banco vecino, y aparentó estar embebido en su libro cuando el chico se dio la vuelta; al rato pinchó con un alfiler a otro compañero, hasta que dijo '¡ay!' y recibió otra reprimenda de su maestro. Todos los chicos del grupo estaban cortados por el mismo patrón: eran inquietos, ruidosos y molestos.» (pág. 38).

Comportamiento

Es totalmente imprevisible, inmaduro e inapropiado para su edad. Los niños hiperactivos no son malos, pero sí traviesos, tal y como opina la tía Polly.

«Pues como decía —siguió la tía Polly—, digamos que no era malo, sólo travieso. Sólo atolondrado y alocado, sabe usted. Más irresponsable que un potro. El nunca quería hacerle daño a nadie, y era el chiquillo con el mejor corazón del mundo...» (pág. 123).

«¿Cómo va a saber una lo que la espera?... yo cumplo con mi deber con ese niño... Estoy almacenando sufrimiento para los dos. Lo sé. Tiene el diablo metido en el cuerpo...» (págs. 10 y 11).

Su impulsividad les lleva a convertir en acto cualquier deseo y a causa de esto continuamente se meten en líos. De ahí que ante cualquier fechoría sean siempre ellos los primeros que aparecen como sospechosos.

«Pero a Sid le resbalaron los dedos y el azucarero se cayó y se rompió. Tom se quedó extasiado. Tanto que incluso controló la lengua y se quedó callado. Pensó que no soltaría ni una palabra, ni siquiera cuando entrara

su tía, sino que se quedaría absolutamente inmóvil hasta que ella preguntara quién había hecho el daño, y entonces él se lo contaría, y no habría cosa mejor en el mundo que ver cómo le 'cascaban' al niño modelo. Estaba tan exultante que apenas pudo contenerse cuando regresó la anciana y se quedó parada sobre las ruinas, descargando rayos de ira por encima de las gafas. Tom se dijo: '¡Ahora veremos!' ¡Al momento siguiente se encontró tirado en el suelo! La mano poderosa se alzaba dispuesta a pegarle otra vez cuando Tom gritó:

—Oye, espera, ¿por qué me pegas a mí? ¡Ha sido Sid!

La tía Polly se detuvo, perpleja. Tom esperaba un gesto de desagravio. Pero, cuando ella al fin recobró el habla, sólo dijo:

—¡Vaya! Bueno, no te lo habré dado en balde. Seguro que habrás estado haciendo alguna barrabasada en mi ausencia.» (págs. 29 y 30).

En ocasiones, estos niños se muestran agresivos y violentos con sus compañeros e incluso con los adultos. Esta agresividad no sólo es verbal (amenazas e insultos), sino también física: destrozan los juguetes de otros niños y los suyos propios, se enzarzan en peleas con sus compañeros o agreden a sus padres o a cualquier otro adulto que trate de oponerse a sus planes.

Asimismo, el niño hiperactivo miente con frecuencia y comete pequeños hurtos. Por este motivo, los padres consideran que su hijo hiperactivo no tiene conciencia de lo que hace, ya que su conducta no se adecua a ningún criterio ético o incluso legal.

Aprendizaje

Aunque no todos, la mayoría de los niños hiperactivos presentan dificultades en el aprendizaje. La capacidad intelectual de estos niños puede ser baja, normal o alta, como la de cualquier otro, pero sus dificultades de atención, la falta de reflexión y la incesante inquietud motora no favorecen su aprendizaje. Por el contrario, habitualmente lo bloquean provocando un rendimiento escolar insuficiente e insatisfactorio, como le ocurría a Tom.

«Luego Tom se arremangó los pantalones, por así decirlo, y se puso a 'empollar los versículos'. Hacía días que Sid se había aprendido la lección. Tom puso todo su empeño en recordar cinco versículos, y escogió una parte del Sermón de la Montaña, porque no podía encontrar otros versículos más cortos. Al cabo de media hora, Tom tenía una vaga idea general de su lección, pero nada más, porque su mente andaba vagando por el amplio campo del pensamiento humano, y sus manos estaban ocupadas

con diversiones que le distraían. Mary cogió el libro para tomarle la lección, y él trató de abrirse paso a través de la niebla:

—Bienaventurados los... los...

—Pobres...

—Sí... pobres; bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos... ellos...

—De ellos...

—De ellos. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos... ellos...

—Se...

—Porque ellos se...

—Se...

—Porque ellos se... ¡Oh, no sé lo que es!

—¡Serán!

—¡Eso, serán! Porque ellos serán... porque ellos serán... serán llorados... ah... bienaventurados los que lloran... porque serán... ¿serán qué? ¿Por qué no me lo dices, Mary? ¿Por qué eres tan cicatera?» (págs. 34 y 35).

En niños hiperactivos muy inteligentes el rendimiento aun siendo suficiente no es satisfactorio, dada la poca capacidad de memoria, la facilidad de distracción y el poco tiempo de concentración que les caracteriza.

Con todo, estos niños están escolarizados en colegios ordinarios ya que cuando se les aplican tests psicológicos individualmente las puntuaciones son normales o incluso mejores que las de sus compañeros.

En ocasiones, los profesores atribuyen su falta de rendimiento a algún déficit sensorial (visual o auditivo) o a variables de tipo personal, como la «pereza» o la «desobediencia».

Algunos niños hiperactivos tienen dificultades para pronunciar ciertos sonidos, estructurar las frases o aprender a leer y a escribir.

Desobediencia

Este es con frecuencia el problema más acuciante dentro de la familia. Aquí, el niño hace lo contrario de lo que se le pide o, simplemente, no lo hace.

Por otra parte, el niño hiperactivo —como Tom— tiene una especial tendencia a hacer lo prohibido.

«... y Tom tenía terminantemente prohibido jugar con Huck. Así que jugaba con él en cuanto tenía la menor oportunidad.» (pág. 56)

Dada esta peculiaridad, es lógico que a los padres les resulte verdaderamente difícil enseñar a estos niños a obedecer o a adquirir ciertos hábitos de higiene y cortesía.

Labilidad emocional

El niño hiperactivo, como Tom, está sujeto a bruscos cambios de humor.

«Su humor siempre determinaba su comportamiento.» (pág. 157).

Se irrita enormemente cuando sus deseos no son satisfechos «ya y ahora». Con el tiempo, el niño hiperactivo tiende a formarse un pobre concepto de sí mismo. Entre los pensamientos negativos más arraigados en estos niños destacan los de «ser malos», «no tener amigos» y «ser torpes para el estudio».

Como Tom, el niño hiperactivo no acepta perder y no es capaz de asumir sus propios fracasos, de los que se defiende adoptando una actitud fanfarrona o presuntuosa.

«—Oye... ¿Qué llevas ahí?

—Nada, una garrapata.

—¿De dónde la has 'sacao'?

—Del bosque.

—¿Qué pides por ella?

—No sé. No quiero venderla.

—¡Bah! De todas maneras es muy pequeñaja.

—¡Claro! Como no es tuya... Pues a mí me gusta y me parece una garrapata estupenda.

—Anda ya, con la de ellas que hay. Si me da la gana tengo yo mil.» (pág. 60).



En otras ocasiones, se compara con aquellos que, a su juicio, son peor que él o culpa a los demás de sus fracasos.

«Tom estaba decidido. Se hallaba abatido y desesperado. Era un chico abandonado, sin amigos, pensaba; nadie le quería; cuando se enteraran de lo que le habían empujado a hacer, tal vez lo sentirían; había intentado

Cuadro 1. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES ENTRE EL NIÑO CON DÉFICIT DE ATENCIÓN CON HIPERACTIVIDAD Y EL NIÑO CON DÉFICIT DE ATENCIÓN INDIFERENCIADO

Los niños con déficit de atención con hiperactividad

- Tienen problemas para concentrarse, durante largos periodos de tiempo en una tarea.
- Se distraen con facilidad.
- Tienen problemas para seguir las directrices que se le sugieren.
- No terminan lo que empiezan.
- Actúan antes de pensar.
- Necesitan más supervisión que otros niños.
- Son disruptivos en clase.
- No son capaces en los juegos de esperar su turno.
- Pasan de una actividad a otra sin terminar ninguna.
- Los síntomas comienzan a manifestarse antes de los siete años.
- Pierden las cosas.
- Contestan a las preguntas antes de haber terminado de formularse.
- Pelean por cualquier cosa.
- No miden el peligro de lo que hacen.
- Son inoportunos cuando están en grupo.
- Se olvidan de lo que tienen que hacer.
- Hablan excesivamente.
- Son desordenados y desorganizados.

Los niños con déficit de atención indiferenciado

- Tienen problemas para concentrarse en una tarea, durante un largo periodo de tiempo.
 - Se distraen fácilmente.
 - Tienen problemas para seguir las directrices, que se le sugieren.
 - No terminan las tareas que empiezan.
 - Pierden las cosas.
 - Son desordenados y desorganizados o todo lo contrario.
 - Sueñan despiertos y están inhibidos.
 - Se muestran pasivos y no saben defenderse de las agresiones de sus compañeros.
-

portarse bien y llevarse bien con todo el mundo, pero no le dejaban...» (pág. 106).

Llamar la atención

El niño hiperactivo siempre quiere ser el centro de atención, tanto en el colegio como en casa. Busca continuamente cómo acaparar la atención de los padres o del profesor.

«—Chicos, ya sé quién se ha ahogado... ¡Somos nosotros!

Inmediatamente se sintieron como héroes. Aquello era un triunfo magnífico; les echaban de menos; lamentaban su muerte. Por ellos se partían los corazones y se derramaban lágrimas; se elevaban recuerdos acusadores de faltas de bondad hacia aquellos pobres chicos perdidos, y muchos sufrían de remordimiento y de pena. Y, lo mejor de todo, los ausentes eran la comidilla de todo el pueblo y despertaban la envidia de todos los chicos por tan deslumbrante notoriedad. Aquello era maravilloso. Después de todo valía la pena ser pirata.» (pág. 119).

Ahora bien, aunque estos son los rasgos más característicos del niño hiperactivo, no todos los niños hiperactivos manifiestan estos rasgos descritos en su conjunto. En este sentido, es importante diferenciar al niño hiperactivo del niño con déficit de atención indiferenciado (Véase el cuadro 1).

Algunos casos de hiperactividad infantil

ROCÍO, TRAPICISTA DE PROFESIÓN

Rocío acaba de cumplir cinco años, aunque por su baja estatura no aparenta más de cuatro. Asiste diariamente al colegio y cursa el segundo año de preescolar.

Rocío es la mayor de tres hermanos, todas niñas y con una diferencia de edad, entre ellas, de año y medio. La relación con sus hermanas es buena, pero las tiene totalmente dominadas y no permite que hagan nada sin su consentimiento. En los juegos, no es muy cuidadosa y siempre termina destrozando sus juguetes y los de sus hermanas.

En casa, Rocío es demasiado independiente y siempre trata de salirse con la suya. Sus padres la describen como una niña «inquieta, ac-

tiva, nerviosa, habladora, desordenada, mimosa y desobediente». Este año —porque Rocío es una niña difícil para comer—, sus padres han decidido que coma en la mesa con ellos. Para ello, le han puesto un cojín en la silla, de tal modo que alcance bien los cubiertos y el plato. Pero Rocío se levanta continuamente y lo hace de forma tan arrebatadora que siempre se lleva por delante el cojín, los cubiertos y la servilleta. Cuando sus padres se enfadan, entonces tira algo al suelo (la servilleta, un cubierto, el pan, etc.) y antes que éstos puedan levantarse para recogerlo, da un salto y ya está de nuevo en pie.

Los padres de Rocío nunca encuentran el momento oportuno para acostarla. Por tarde que sea, Rocío no quiere irse a la cama y, una vez que se le acuesta, se levanta varias veces con cualquier excusa (ha oído un ruido, quiere agua, se le ha olvidado contar a papá su último progreso escolar, etc.). Por las mañanas se despierta al amanecer y corre a la cama de sus padres para jugar.

En el colegio, su rendimiento es bueno pero su maestra se queja porque se levanta continuamente de su silla, interrumpiendo el trabajo de las compañeras más cercanas. El pretexto es siempre el mismo: sacar algún objeto (una goma, una muñeca o una golosina) de su bolsillo para cambiarlo por otro o, simplemente, mostrárselo a sus compañeras, ir a por el material para trabajar, antes que la profesora haya explicado qué hay que coger y quién lo hará, etc.

El hecho de que se levante de su pupitre enfurece a la profesora, porque Rocío no llega bien a la silla y para sentarse de nuevo necesita los dos brazos, con los que toma fuerza para dar un salto y subir hasta la silla. Una vez arrodillada en ésta apoya las nalgas y con unos cuantos balanceos consigue situarse adecuadamente para continuar su trabajo. Esta costosa operación, interrumpe de nuevo el trabajo de sus compañeras y el de su profesora. Hoy, Rocío se ha levantado y sentado tantas veces que ha terminado por pasar la tarde encerrada en un armario, como castigo.

CAROLINA, LA NIÑA QUE NO SE CONCENTRA

Uno de los problemas más importantes del niño hiperactivo es su incapacidad para mantener la atención en periodos breves de tiempo. Este es el caso de Carolina.

Carolina es una niña de siete años, morena, alta y delgada. Lleva el pelo largo y siempre revuelto, de tal forma que no se le ve la cara. Se entretiene con sus manos y sus pies, continuamente en movimiento.

En el colegio, el comportamiento de Carolina es bueno. Sin embargo, su profesora está preocupada porque su rendimiento es muy bajo: sus cuadernos están sucios, las letras se amontonan unas sobre otras sin respetar los márgenes ni los renglones, las actividades que se realizan en clase nunca las termina, el cuaderno de los deberes para casa siempre está incompleto, la lectura en voz alta no la domina (se salta letras, palabras y, a veces, renglones) y, cuando se le pregunta en clase, nunca sabe por dónde van.

Durante el recreo, Carolina busca la compañía de niñas más pequeñas que ella para jugar. Y, en el comedor, hay que insistirle para que coma, es como si se le olvidara que tiene un plato delante.

En casa, por el contrario, Carolina es una niña charlatana y muy necesitada de cariño. Aunque tiene otros cuatro hermanos (ella es la segunda), siempre busca la compañía de su madre. Con sus hermanos se lleva bien, sólo que «de vez en cuando» se cansa de los juegos y cuando pierde se enfada. Además, siente envidia de todos en cuanto los ve con sus padres.

Los padres describen a Carolina como una niña «inquieta, desordenada, mimosa y con escasa iniciativa». La profesora, por su parte, comenta que es una niña que con frecuencia está distraída, es tímida y muy perezosa.

ANA, LA IMPULSIVA

Ana es la pequeña de siete hermanos, todos varones menos ella. Su cara angelical y sonriente le ayuda a conseguir lo que quiere de su padre y hermanos, no de su madre con la que tiene continuos enfrentamientos.

El desorden y la pereza para realizar sus deberes escolares o colaborar en las tareas domésticas (poner la mesa, comprar el pan, hacerse la cama, etc.) son los puntos más conflictivos en la convivencia diaria con su madre.

El padre y sus hermanos protestan, porque Ana les coge la ropa o cualquier cosa sin importancia para ella y luego nunca se acuerda dónde la ha puesto. Además, cuando quiere una cosa tiene que ser «ya y ahora» y si le prometes algo no deja de recordártelo, hasta que se lo das.

Esta conducta (que en casa es más o menos tolerable), es motivo de continuos enfados con sus amigas en el colegio. Ana es una niña simpática y no tiene dificultades para hacer nuevas amigas, pero sí para mantenerlas.

En clase, Ana es una niña muy charlatana por lo que se le castiga con frecuencia. Pero, lo que más irrita a su profesora es que cuando se hace alguna pregunta a toda la clase ella siempre levanta la mano, sin saber la respuesta.

Ana, por su parte, se queja de que la profesora nunca le manda leer en voz alta, escribir en la pizarra o salir de la clase para dar algún aviso. Aunque, como ella dice, es la primera en levantar la mano.

DAVID, EL NIÑO QUE NO OBEDECE

La desobediencia en un colegio está considerada como una de las faltas más graves. Hasta el extremo que David, con sólo seis años de edad, ha sido expulsado por este motivo.

David es un niño alto y muy delgado, siempre está despeinado y en movimiento. Hace primero de EGB con otros cuarenta compañeros. Su rendimiento es bueno, pero el comportamiento de David deja mucho que desear. Para que se entienda mejor contaré una anécdota: en cierta ocasión, el colegio organizó una excursión al zoo para toda la primera etapa de EGB (primero, segundo y tercero) acompañados de dos monitoras por cada grupo. A todos los niños se les advirtió que debían ir cogidos de la mano y limitarse a mirar sin saltar ninguna valla. Mientras contemplaban las peripecias de las focas por conseguir su comida, David se soltó de la mano de su compañero y se lanzó al agua con las focas. El encargado de dar de comer a las focas reaccionó inmediatamente y, sin más incidentes, le sacó del agua.

En su casa, además de ser desobediente, es muy contestón. Cuando la muchacha o los padres le ordenan hacer algo, sigue a lo suyo como si no les hubiera oído. Por eso es necesario cogerle de la mano y obligarle a hacerlo. Y, si se le reprende, siempre responde con algún insulto o palabrota.

No obstante, para sus padres el problema más grave de David es el «manejo» de la conducta temeraria. David es un niño que provoca continuamente situaciones de alto riesgo con el fin de hacerse notar, lo que excita e irrita a los padres. Así, mientras la madre habla por teléfono, se entretiene en amenazar a su hermano con la hebilla del cinturón, tirar un jarrón de porcelana al suelo o comerse el insecticida de los ratones de tal forma que, ante el peligro de un rápido accidente, la madre tiene inmediatamente que colgar el teléfono para poner orden.

David, además, tiene gran facilidad para pelearse con su hermano, sus vecinos o sus compañeros de colegio. Por esta razón, no tiene ami-

gos y las madres de sus vecinos han prohibido a sus hijos que jueguen con él. Por todo esto, hasta su hermano le evita.

OSCAR, EL NIÑO QUE SUSPENDE

Oscar estudia tercero de EGB en un colegio público y el profesor ha advertido a los padres que si no mejora en lenguaje tendrá que repetir curso.

Oscar tiene ocho años, es un niño gordito, charlatán e inquieto. Tiene otro hermano, un año menor que él, con el que se lleva bien «de vez en cuando». En casa, los padres tienen que estar continuamente pendientes de él para que no proteste. Sin embargo, Oscar cree que sus padres le conceden muy poco tiempo y que su presencia pasa inadvertida. Para hacer los deberes hay que ayudarle, porque es incapaz de sentarse a estudiar.

En los estudios, el rendimiento es bajo en todas las asignaturas, pero especialmente en «Lenguaje y Matemáticas». En lectura, Oscar no entona bien; lee demasiado rápido, saltándose algunas letras e incluso palabras y no comprende lo que ha leído. En escritura, la letra no es uniforme, no sigue las líneas marcadas en el cuaderno y comete todavía abundantes errores de ortografía. En matemáticas confunde las tablas de multiplicar, suma y resta con los dedos y siempre se olvida de las «llevadas».

Oscar asiste al colegio con «desgana» y piensa que su profesor es «demasiado severo con él». Cuando le dan «las notas» no da importancia al «necesita mejorar» y se compara con aquellos compañeros que tienen peores calificaciones que él. Oscar siempre tiene una disculpa para su bajo rendimiento.

EDUARDO, EL PATOSO

Eduardo tiene siete años y es el mayor de tres hermanos. Es un niño nervioso, inquieto, activo y torpe. Su madre comenta que nunca le ha visto andar, sólo sabe correr y continuamente está accidentado (un dedo roto, una brecha, etc.). Todavía tiene dificultades para atarse los zapatos o abrocharse los botones de su camisa.

En el colegio, Eduardo tiene dificultades para escribir porque no traza bien las letras y no se ajusta a los márgenes del cuaderno. No sabe colorear y le cuesta un gran esfuerzo cortar los dibujos con las tijeras.

En deportes, salvo correr y nadar, ninguno se le da bien y, en consecuencia, se aburre. Tiene dificultades para dar a la pelota en el tenis o para montar en bicicleta.

SUSANA Y LOS CAMBIOS DE HUMOR

Susana es una niña cuya conducta es imprevisible. Todos tenemos días buenos y días malos, pero en el caso de Susana estos cambios se acentúan mucho más. Sus padres la describen como una niña «independiente, pero con mucha necesidad de cariño, activa y pasiva, cariñosa y arisca», siempre en función del día y el momento.

En ocasiones se muestra hiperactiva y otras veces adopta una actitud totalmente pasiva. A veces incluso se muestra totalmente insensible al dolor. De hecho, un día mientras montaba en bicicleta se le ocurrió imitar «El coche fantástico» (un programa de televisión en donde el protagonista era un coche detective que volaba, se hacía invisible, etc.) y trató de saltar sobre un coche que circulaba a gran velocidad. Como era de esperar, la bicicleta no voló y Susana se rompió dos costillas con la mala fortuna de que una se le clavó en el pulmón. Estuvo hospitalizada un mes y en ningún momento se quejó de dolor, pero sí de aburrimiento.

Susana apenas tiene amigas en el colegio. Se excita con facilidad ante cualquier novedad como, por ejemplo una excursión, hasta perder el control. Cuando se enfada, también pierde el control: llora, grita y patalea como una niña más pequeña.

ÍÑIGO. SIEMPRE TIENE UNA DISCULPA

No aceptar los propios errores es una característica común en el niño hiperactivo. Y, en el caso de Íñigo, lo más llamativo.

El comportamiento de Íñigo en casa se caracteriza por su independencia y cabezonería. Va a su aire; lo que más le gusta es desmontar sus juguetes y los de sus hermanos. En cambio, le atrae menos recoger y ordenar su habitación. Cuando se le da alguna orden, simula no haberla oído y sigue a lo suyo. Este comportamiento irrita a la madre que enfadada le reprende, mientras él se ríe.

Íñigo está haciendo el primer curso de EGB con cierta dificultad para controlar los trazos de las letras. Por eso todos los días tiene que hacer en casa un poco de caligrafía. Y, este es el momento más difícil

del día para Íñigo y su madre. Desde que llega del colegio, su madre le repite ininterrumpidamente que es la hora de hacer los deberes, pero Íñigo nunca encuentra el momento, por lo que al final y a la fuerza hay que sentarlo para que trabaje. Una vez sentado, su propósito es terminar cuanto antes su hoja de caligrafía. Con este fin, Íñigo acentúa su trazo irregular y poco firme, de tal modo que la madre se ve obligada a borrarle el trabajo realizado y ¡vuelta a empezar! La mayoría de los días, termina castigado, su madre enfadada y la caligrafía sin terminar.

Cuando llega al colegio, la caligrafía se le ha olvidado en casa o no la encuentra en el desordenado pupitre. Íñigo siempre tiene una disculpa que justifique el porqué no ha terminado la hoja de caligrafía. En cierta ocasión, le dijo al profesor «que se le habían caído las letras en el autobús».

ALEJANDRA, LA NIÑA QUE NO SE GUSTA

Alejandra es una niña revoltosa que nunca está quieta. No tiene hermanos; sus padres trabajan y es su abuelo quien está al cuidado de ella.

Después del colegio, Alejandra se queda un rato en el parque jugando. Tiene cierta preferencia por estar con niños y por jugar de forma agresiva. Casi todos los días vuelve a casa llorando porque se ha peleado y le han insultado y pegado. No obstante, al día siguiente todo se ha olvidado y sigue jugando con sus vecinos.

En el colegio, también tiene cierta fama de «pegona». Hay niñas que temen acercarse a ella por este motivo y hay madres que prohíben a sus hijas estar con Alejandra por miedo a que imiten su conducta.

En clase está sentada justo enfrente de la mesa de la profesora y es la responsable de dejar las luces apagadas y la puerta cerrada. Con este encargo, la profesora ha conseguido que no salga corriendo del aula al terminar las clases. Alejandra tiene prohibido bajar al recreo si no ha terminado las actividades que se realizan en la clase y, por este motivo, lleva ya varias semanas sin pisar el patio del colegio.

En el comedor, tiene que sentarse en la mesa de las profesoras y no le dejan levantarse hasta que termine de comer. Aunque está apuntada a las clases de baile que hay después de la hora de comedor, casi nunca llega a tiempo y se queda por el patio jugando.

El bajo rendimiento, las llamadas continuas de atención por parte de su profesora y/o sus padres y el rechazo de sus compañeras hacen

que Alejandra piense de sí misma que «es tonta y mala». Sus compañeras de clase no la quieren, aunque ella hace todo lo posible por ganarse amigas.

Problemas que plantea el niño hiperactivo

CON LOS PADRES

El niño hiperactivo se muestra impulsivo, inquieto y desobediente. Es muy inestable emocionalmente y tiene un temperamento explosivo. No responde bien a la disciplina, no tolera la frustración y se olvida de lo más elemental. La dinámica familiar que el conjunto de estos rasgos genera es importante para comprender la situación de los padres y cómo pueden ayudar al niño.

Cuando un niño tiene un problema, siempre se mira a los padres como a los primeros culpables. Esto se debe a la idea muy extendida de que los padres influyen en el niño, sin considerar que también los niños influyen en sus padres.

Es cierto que hay padres y estilos educativos que no benefician el desarrollo del niño hiperactivo y que pueden llegar a crearle serios problemas. La hiperactividad es consecuencia, en algunos casos, de un ambiente familiar caótico y desestructurado. Sin embargo, no es esto lo habitual. Lo más frecuente es que el niño sea hiperactivo desde su nacimiento, a causa de un desajuste bioquímico en su sistema nervioso. El niño hiperactivo es difícil de manejar, incluso cuando está medicado; su conducta desajusta la estabilidad emocional de los padres más que cualquier otro niño.

Desde esta perspectiva, el primer problema al que han de enfrentarse los padres de un niño hiperactivo es la crítica que reciben desde fuera del medio familiar (vecinos, compañeros de trabajo, amigos). Con demasiada frecuencia tienen que oír reproches como el que sigue: «Si estuvieras con tu hijo las veinticuatro horas del día, el niño actuaría con más sentido común».

Por otra parte, los padres consideran la conducta hiperactiva de su hijo como un rechazo a su forma de actuar. Esto les lleva a autoacusarse de ineficaces y negligentes. Habitualmente, estos padres son más conscientes que otros, dado el esfuerzo que realizan por mantener un cierto control sobre el comportamiento de su hijo.

Al principio, los padres utilizan las mismas técnicas educativas que sus padres utilizaron con ellos. Es cierto que estos procedimien-

tos funcionan con la mayoría de los niños, pero no son eficaces en el caso del niño hiperactivo.

En ocasiones, los padres no suelen advertir esta forma de reaccionar del niño hasta después de transcurridos varios años.

Así, por ejemplo, cuando el niño se mete el dedo en la nariz, la primera vez los padres le explicarán que eso no se debe hacer y, en adelante, se limitarán a ignorar bajo el supuesto de que al no hacer caso de esta conducta el niño dejará de hacerla. Pero, el niño hiperactivo no responde como se espera. Si no le hacen caso persiste e incrementa sus conductas negativas hasta hacerse notar.

Es muy probable que los padres recurran, entonces, a la amenaza verbal o al castigo físico. Esto puede ser eficaz a largo plazo, pero no les resuelve el problema en el momento, ya que estos niños no aceptan bien el supuesto o real castigo. Además, el niño hiperactivo necesita más tiempo que cualquier otro para diferenciar las conductas apropiadas de las que no lo son. Y, con frecuencia, comete la misma falta una y otra vez, olvidando el castigo que mereció hace tan sólo escasos minutos.

Los padres repiten esta secuencia varias veces al día. Hasta que llega un momento que pierden la paciencia y adoptan una de las siguientes alternativas:

- Castigar severamente al niño.
- Permitirle que haga lo que quiera.
- Pasar por alto las «pequeñas cosas» y castigar sólo aquellas fechorías de cierta gravedad (salir sin permiso, jugar con cosas peligrosas, etc.).
- Continuar castigándole por cualquier infracción.

Con el transcurso del tiempo, los padres descubren que es más fácil hacer ellos ciertas obligaciones del niño que insistir para que éste cumpla con ellas o adquiera ciertos hábitos (por ejemplo, le recogen los juguetes, le visten, evitan comidas que al niño no le gustan, etc.). Es así como en el ambiente familiar acaba por tolerarse ciertas conductas que son inadecuadas.

Por otra parte, a los padres les comienza a preocupar la frecuencia de las discusiones con el niño y cómo éste se pasa la mayor parte del día castigado. Se dan cuenta que este modo de educar no es beneficioso para el niño, quien sólo recibe una información negativa sobre él mismo. Como consecuencia, los padres pueden empezar a sentirse culpables por ser demasiado «duros» y si un profesional o pariente les critica, esta culpabilidad aumenta.

Curiosamente, estos niños se muestran encantadores cuando están en presencia de otros adultos, a los que ven de tarde en tarde. Son niños simpáticos, habladores, inquietos y divertidos.

Después de semanas, meses o incluso años de ensayar nuevos procedimientos para controlar la conducta hiperactiva del niño, los padres llegan a la conclusión de que no hay ningún método educativo eficaz para enseñarle a obedecer. Lo único que le hace reaccionar es que cuando los padres pierden el control, se enfaden y les monten un «numerito».

Cuando los padres llevan varios años funcionando de esta forma, se desencadenan sentimientos hostiles hacia el niño. Esto aumenta la culpa de los padres, pues consideran que no sólo no saben educar, sino que tampoco le quieren. Hay padres que están deseando que llegue el lunes para encerrarse en la oficina y olvidarse del niño. Y madres que se horrorizan sólo con pensar en los dos meses de las vacaciones de verano.

Por último, hay que advertir que el niño hiperactivo pone en evidencia a los padres en público o les rechaza y se niega a mostrarles cualquier tipo de afecto. De esta suerte, los padres terminan comportándose con el niño de forma fría, dura y sin darle ninguna muestra de afecto.

Aunque hasta ahora hemos empleado el término «padres» para referirnos a los progenitores del niño, lo habitual es que sea la madre quien, por dedicarse más a los hijos se encuentre más directamente afectada por la conducta de su hijo. De ahí que poco a poco descuide las pequeñas conductas disruptivas y sea muy dura con las faltas más graves.

Esto hace que surjan problemas con el marido, quien la considera permisiva en algunos puntos y muy dura en otros. En ocasiones puede resultar difícil hacer ver al marido las objetivas dificultades emocionales y físicas que la madre tiene para hacerse con el niño.

Esto es comprensible porque el padre cuando llega a casa después de la jornada laboral, tiene muy poco tiempo para estar con él. De esta forma, el niño ve al padre como alguien extraordinario y por la misma novedad trata de ganarse su atención. Esto es debido, en parte, a que el niño pasa la mayor parte del tiempo con su madre y conoce lo que ésta espera de él. Pero éste no es el caso del padre. Por tanto, el niño puede escuchar con más interés al padre y obedecer con mayor facilidad a sus requerimientos. No obstante, si el padre pasara la mayor parte de su tiempo con el niño, es muy probable que experimentase las mismas dificultades que su esposa.

Al llegar el padre a casa, la conducta del niño refuerza las creencias que éste tiene de que la madre es poco eficaz e inadecuada para educar a su hijo.

La madre, por tanto, recibe un *feedback* negativo de su marido y quizás también de los profesores y de otros familiares. Esta situación no sólo no es grata sino más bien estresante. Ante esto, la madre empieza a creer que su hijo es un fracaso y que ella no está preparada para educarle. Todo esto le produce malhumor y malestar, hasta el extremo de poder llegar a desencadenarse una depresión.

Lo más habitual es que la madre, en este momento, acuda al pediatra en busca de ayuda. Pero aquí acontecen las circunstancias siguientes:

- La mayoría de los pediatras son hombres y, por tanto, no se hacen cargo de los problemas que originan en la madre la impulsividad y la falta de atención del niño.
- La mayoría de los pediatras no están especializados en el problema de la hiperactividad.
- El niño es capaz de controlar su conducta perfectamente en cortos periodos de tiempo y ante nuevas situaciones, como pueden ser los 20 ó 30 minutos que transcurren en la consulta del médico. De esta manera, el niño hiperactivo puede mostrar un patrón de conducta que es ajustado a la situación.
- La madre, por el contrario, presenta un alto nivel de ansiedad.

Todo esto da lugar a que el pediatra no detecte ningún problema físico ni emocional en el niño que impida su aprendizaje o el manejo de la conducta en casa. En cambio, sí observará una madre nerviosa, inquieta y excesivamente preocupada. Por eso, es muy probable que el pediatra concluya —al igual que el marido, el profesor y otros familiares—, que el problema es de la madre y no del niño.

Lo más frecuente es que después de esta consulta, la madre acuda a un psiquiatra que, sin duda, le ayudará personalmente, pero justo es el momento en que a causa de esa consulta muy probablemente aumenta la discordia marital.

En otras ocasiones, la madre no acude al psiquiatra, sino que empieza a beber o a administrarse tranquilizantes para controlar su ansiedad. En este caso, se incrementa el caos y la hostilidad en la dinámica familiar, pudiendo llegar en ocasiones a la separación conyugal.

CON LOS HERMANOS

La frecuencia de la hiperactividad es mayor en las familias en las que alguno de los padres haya sido hiperactivo durante la infancia. Este dato hace suponer, por tanto, que en una familia con un hijo hiperactivo hay un alto grado de probabilidad de que algunos de los otros hijos también sean hiperactivos, especialmente en el caso de los varones.

Cuando el hijo hiperactivo es el pequeño de la familia su influencia se deja notar especialmente en el hermano mayor. Y es que, en estos casos, el hijo mayor se hace en cierta forma responsable de sus hermanos menores, entre los que lógicamente se encuentra el hiperactivo.

El problema fundamental al que ha de hacer frente el hermano mayor es el de la disciplina en ausencia de sus padres. Un niño no tiene la paciencia, la experiencia o la autoridad de un padre. De ahí, que surjan continuos enfrentamientos entre los dos hermanos. En estas circunstancias el hermano mayor, haciendo uso de la autoridad conferida por los padres, puede llegar a utilizar un lenguaje duro o incluso hacer uso del castigo físico con tal de conseguir que el hermano pequeño le obedezca.

Cuando los padres vuelven a casa, el niño hiperactivo acusará al hermano mayor de malos tratos. Ante esto, los padres pueden castigar al mayor por hacer un uso indebido de su autoridad y pegar a su hermano pequeño, olvidando lo difícil que es manejar a estos niños y aconsejándole que en adelante trate de ser «más paciente y comprensivo».

Por otra parte, si no hay mucha diferencia de edad y los dos van al mismo colegio, es frecuente que el hermano mayor tenga que acudir en defensa de su hermano menor. Todo esto genera en el hermano mayor estrés y ansiedad, que irán en aumento ante el constante cuidado que ha de dedicar a un niño indisciplinado, impulsivo y travieso.

Si el hermano mayor es muy responsable tiene riesgo de sufrir ciertos trastornos depresivos ante situaciones como las descritas líneas atrás. Esto viene a subrayar el estrés que el niño hiperactivo genera a su alrededor.

Cuando el hermano mayor es el hiperactivo, la situación continúa siendo difícil. Estos niños se comportan como tiranos, siendo agresivos e impulsivos con sus hermanos menores. De esta forma, no es extraño que les empujen a juegos o actividades de cierto riesgo para los más pequeños sin medir el peligro. Los hermanos menores del niño hiperactivo generan un concepto de sí mismos bajo, un estado emocional depresivo y ansioso y ciertos sentimientos de ineficacia.

Cuando el niño es hijo único y no tiene hermanos, los padres no cuentan con otro niño con el que comparar la conducta de su hijo. A esto se suma el hecho de que como las conductas del niño hiperactivo no son extrañas en la infancia, cuando los padres comentan con otros familiares o amigos los problemas que su hijo les origina, les responderán que ellos tienen los mismos problemas sin que le den más importancia.

Cuando el hijo hiperactivo es adoptado, a los sentimientos de culpabilidad e ineficacia se añaden las atribuciones erróneas de que el niño tiene «dificultades emocionales» y ellos no saben ayudarle a resolverlas.

EN EL COLEGIO

Por parte del profesorado las quejas fundamentales respecto del niño hiperactivo, consisten en que éste no es capaz de permanecer en su pupitre, molesta a sus compañeros mientras trabajan y no se concentra para seguir las explicaciones del profesor o realizar las actividades que se le proponen.

Para dar una idea de estas quejas, he aquí un ejemplo del comportamiento de una niña hiperactiva en clase, tal y como se describen en un cuento tradicional:

«Recorrió la habitación a grandes pasos, porque tenía que pensar cómo debían llamar los criados a Adelheid. El señor Sesemann había escrito diciendo que la tenían que tratar como a su propia hija, y esta frase debía de referirse principalmente a la relación con los criados, pensó la señorita Rottenmeier.

Pero no pudo reflexionar mucho tiempo sin que la molestaran, pues de pronto sonó dentro, en el cuarto de estudio, un terrible estruendo de objetos que se caían y luego una llamada de auxilio a Sebastián. La señorita Rottenmeier entró precipitadamente. El suelo estaba lleno de cosas revueltas: todo el material de estudio, libros, cuadernos, un tintero y, encima de todo, el tapete de la mesa, por debajo del cual salía un reguero negro de tinta que recorría toda la habitación. Heidi había desaparecido.

—¡Ya lo ven ustedes! —exclamó la señorita Rottenmeier desesperada—. El tapete, los libros, la cesta de la labor, ¡todo empapado de tinta! ¡Esto es lo nunca visto! ¡Ha sido esa criatura desgraciada, no hay duda!

El profesor estaba muy asustado mirando aquel desastre que, ciertamente, sólo tenía una interpretación, y bastante desconcertante, por cierto. Clara, por el contrario, seguía los desacostumbrados acontecimientos y sus efectos con cara de regocijo, y finalmente dijo a modo de explicación:

—Sí, lo ha hecho Heidi, pero no a propósito; no hay que castigarla. Salió tan deprisa que arrastró consigo el tapete y entonces todas las cosas se cayeron una tras otra al suelo. Pasaban muchos coches a la vez y por eso salió disparada: tal vez no haya visto nunca un coche.

—Ahí lo tiene, ¿no es como yo le he dicho, señor profesor? ¡Ni una noción elemental tiene la criatura! Ni idea de lo que es una clase, ni de que haya que escuchar y quedarse sentada.» (SPYRI, J., (1984), *Heidi*, Madrid, Anaya, págs. 91-92).

Este relato infantil nos hace ver cómo Heidi está más atenta a lo que sucede en la calle que a la explicación del profesor. Además, su impulsividad le lleva a salir corriendo provocando el destrozo del tapete, los libros y la cesta de la labor. Clara ya no sigue tampoco la explicación del profesor y éste queda desautorizado ante la conducta de Heidi. Sin embargo, sería equivocado calificar la conducta de Heidi como hiperactiva.

LA DESOBEDIENCIA

Aunque no todos, la mayoría de los niños hiperactivos presentan *problemas de disciplina en el colegio* y son considerados por sus profesores como niños «desobedientes y mal educados». Habitualmente el profesor atribuye esta conducta a una mala adaptación del niño al colegio o a los padres que no han sabido educar a su hijo.

Sin embargo, el niño hiperactivo, por sus propias características, no se atiene a las reglas de la clase y manifiesta estos mismos problemas también en casa. El niño hiperactivo no responde con la misma facilidad y prontitud que otros niños a lo que le pide su profesor: hace lo contrario o simplemente, no lo hace. En el primer caso, los profesores suelen calificarlos de niños cabezotas, negativos y desobedientes. En el segundo caso, se les describe como niños holgazanes, descuidados y desobedientes. Estas conductas persisten aun cuando se utilicen grandes premios o castigos severos. El niño «parece que no escucha cuando se le amenaza», «se burla de los castigos que se le ponen» y «no aprende de los errores anteriores».

Además, el niño hiperactivo puede ser excesivamente independiente o por el contrario demasiado dependiente del adulto. En el primer caso, hace lo que él quiere y cuando él quiere, sin importarle la opinión del profesor. En el segundo caso, el deseo de mantener el interés y la atención del profesor sobre él nunca se satisface, lo que provoca la irritación en el profesor y en el niño.

Por último, el niño hiperactivo tiene una marcada tendencia a dominar en cualquier situación. Por ello rechaza las órdenes del profesor mientras que con sus compañeros, él decide a qué jugar, cuáles son las reglas e incluso si se tiene que dejar, si el juego no se desarrolla a su gusto. Esta conducta hace que pronto se quede sin amigos y, de ahí, las quejas frecuentes del niño de «que sus compañeros no le hablan, le rechazan e incluso le pegan». Y, efectivamente, así es; pero lo que no advierte es que este rechazo ha sido suscitado por su propia conducta.

DIFICULTADES EN EL APRENDIZAJE

Por otra parte, con frecuencia se ha asociado *el fracaso escolar* a la hiperactividad. De hecho, el 40 o 50% de estos niños tienen un bajo rendimiento escolar.

Muchos padres se preguntan: si los resultados en el test de inteligencia son buenos, ¿por qué saca malas notas? El nivel de inteligencia del niño hiperactivo puede ser alto, medio o bajo, al igual que en los niños no hiperactivos. El problema del niño hiperactivo que saca «malas» notas, aunque su nivel de inteligencia sea bueno, es sobre todo la hiperactividad y no tanto el «retraso mental».

Algunos niños hiperactivos tienen *dificultades en su desarrollo intelectual y perceptivo*. Como veremos más adelante, los test de inteligencia miden el nivel de desarrollo en distintas áreas como, por ejemplo, la memoria, la comprensión de situaciones sociales, la percepción visual o el vocabulario. El niño hiperactivo tiene cierta tendencia a mostrar un desarrollo intelectual desigual. Es decir, un niño de ocho años puede mostrar una capacidad de vocabulario adecuada a su edad y, sin embargo, una capacidad para comprender situaciones sociales propia de uno de cinco años. Esta irregularidad en el desarrollo intelectual puede originar una falta de ajuste del niño respecto del colegio.

Cuanto mayor sea la irregularidad en el desarrollo de las distintas habilidades que componen la inteligencia, mayor es la dificultad de estos niños para enfrentarse a una enseñanza estandarizada. Por ello, hay casos que requieren un régimen de enseñanza individualizada.

Por otra parte, las *dificultades perceptivas* del niño hiperactivo son difíciles de definir. Algunos padres y/o profesores creen que el niño no ve u oye adecuadamente. Sin embargo, en pocas ocasiones o muy rara vez se confirman estos déficits. El niño hiperactivo no diferencia

bien entre letras y sonidos similares y tiene poca capacidad para estructurar la información que recibe a través de los distintos sentidos, de manera que conozca lo que se le enseña. Hay niños hiperactivos, por ejemplo, que con ocho años todavía no diferencian su mano derecha de su mano izquierda.

Las dificultades perceptivas de este tipo se denominan alteraciones específicas del desarrollo. No todos los niños hiperactivos tienen este tipo de alteraciones.

Las dificultades en el aprendizaje del niño hiperactivo estriban principalmente en la adquisición y el manejo de la lectura, la escritura y el cálculo. Son torpes para escribir o dibujar y tienen mala letra y errores de ortografía. En cálculo, casi siempre se olvidan de las «llevas» en las operaciones aritméticas básicas: saben sumar y restar con los dedos, pero son incapaces de hacer estas operaciones mentalmente; aprenden las tablas de multiplicar pudiendo incluso repetir las, pero no saben cómo aplicarlas en el caso de la división. En relación con la lectura, omiten palabras, sílabas e incluso renglones; no comprenden lo que leen y con frecuencia pueden identificar las letras, pero no saben pronunciarlas correctamente.

Manifiestan, también, dificultades para memorizar lo que aprenden y para generalizar la información adquirida.

BAJO RENDIMIENTO ESCOLAR

Pero no todos los niños hiperactivos tienen problemas específicos del desarrollo. Incluso hay algunos que sin tener asociado este tipo de problema, su rendimiento es bajo. Esto se explica por las características del niño hiperactivo. Todas sus dificultades se derivan de la falta de atención, la impulsividad y la hiperactividad. Un niño hiperactivo de ocho años con un buen nivel de inteligencia puede mostrarse en el colegio como uno de cuatro o cinco años.

Esto se explica porque para obtener un buen rendimiento, además de inteligencia, se necesitan otro tipo de habilidades que el niño hiperactivo no tiene. En primer lugar, para aprender, cualquier niño requiere un tiempo de atención-concentración, bien para entender la explicación del profesor, bien para realizar las actividades a las que remite el texto a estudiar. En segundo lugar, todo niño tiene que ser capaz de tolerar y aceptar sus propios errores, así como tratar de corregirlos. Hay que tener paciencia para emprender tareas que comportan una cierta dificultad.

El niño hiperactivo, por el contrario, se distrae fácilmente y no es capaz de mantener la atención durante breves periodos de tiempo. Por otra parte, tampoco acepta perder o fracasar y cuando una tarea le supone un poco más de esfuerzo, la abandona con el mismo entusiasmo que la emprendió.

El problema se complica aún más. El bajo rendimiento del niño hiperactivo provoca las críticas del profesor. Los profesores les insisten y animan, con frecuencia, a que terminen las tareas que comienzan y utilicen la cabeza mientras trabajan. Estos consejos suponen una crítica más, que puede afectar al concepto que de sí mismo tienen, empobreciéndolo. Y es así como el niño hiperactivo manifiesta apatía y desinterés ante el colegio. En ese caso, razona del siguiente modo: «si me esfuerzo todo lo que puedo y no lo hago bien, no merece la pena hacer este esfuerzo».

Pero, además, un niño hiperactivo en los primeros cursos escolares adquiere mal los aprendizajes básicos de lectura, escritura y cálculo. De tal modo que, aunque desaparezca la hiperactividad, ese niño necesita esforzarse más que el resto de sus compañeros para adquirir los conocimientos propios del curso, ya que no dispone ni de los conocimientos básicos ni de las habilidades requeridas para llevar a cabo tales aprendizajes.